

Voces Híbridas

La Literatura de Chicanas y Latinas
en Estados Unidos

Stacey Alba D. Skar

Nueva Crítica

 RIL
editores



Stacey Alba D. Skar (Estados Unidos, 1969) hizo sus estudios de literatura latinoamericana contemporánea en la Universidad de Wisconsin-Madison, donde recibió el título de Doctora en 1997.

Ha publicado diversos ensayos críticos sobre la poesía chicana, el testimonio, la escritura de mujeres y la transculturación en distintas revistas y libros de crítica cultural y literaria. Es también la traductora al inglés del testimonio *El infierno* de Luz Arce, que se publicará en el año 2002 en la University of Wisconsin Press de Estados Unidos. También es autora de la traducción al inglés de la monografía crítica *Política cultural de la memoria histórica* de Hernán Vidal. Este libro se editará en Holmes & Meier Publishers en Nueva York en 2001.

Actualmente enseña castellano y literatura latinoamericana en Trinity College (Connecticut, Estados Unidos).

ISBN 956-284-147-2



9 789562 841474

INTRODUCCIÓN

Hace un siglo, cuando José Martí escribió el conocido ensayo “Nuestra América”, se refería a una tierra multicultural que estaba dividida por fronteras geopolíticas pero a la vez unida por realidades socio-históricas. Un siglo después, la búsqueda de posibles definiciones de este continente y su gente permanece como problemática de investigación para numerosos intelectuales y escritores que vuelven a retomar varias de las mismas preocupaciones martianas para repensarlas y recontextualizarlas en este nuevo milenio. Al igual que Martí, algunos de ellos siguen escribiendo “desde las entrañas del monstruo” ofreciendo perspectivas en que muchas veces se rechaza al “coloso del norte” pero reconociéndole a éste, a la vez, su inevitable influencia económica, política, cultural y lingüística en sus voces y en sus historias¹.

De tal manera que la denominada “literatura latina” en Estados Unidos incorpora una gran variedad de representantes de todos los países que van desde Río Grande hasta Tierra del Fuego abarcando también la compleja y multifacética región del Caribe. Entre las voces divergentes que componen esta diversidad se encuentran refugiados políticos o los que también –desde Cuba al Cono Sur– dejaron sus países de origen por dificultades económicas. También se incluyen los puertorriqueños que han vivido en una condición de colonialismo disfrazado –bajo el oxímoron de “Estado libre asociado”– respecto de los Estados Unidos. Otra comunidad, la más numerosa, son los mexicanoamericanos cuyos antepasados se vieron

¹ Para un artículo que estudia la relación entre el pensamiento de Martí –en su ensayo “Nuestra América”– y la situación contemporánea de latinos en Estados Unidos, véase Acosta-Belén y Santiago.

obligados a aceptar la ciudadanía estadounidense cuando sus tierras fueron conquistadas durante la expansión nacional del siglo XIX que se denominó “destino manifiesto” –desde la perspectiva colonialista por supuesto– de los Estados Unidos.

A pesar de la heterogeneidad étnico-cultural que se manifiesta en las comunidades hispánicas de los Estados Unidos, debido a las conquistas, diásporas y las diversas migraciones históricas, sería factible señalar algunas semejanzas que caracterizan esta presencia hispana. Una de éstas es el deseo de estrechar vínculos con su plural herencia socio-histórica de parte de numerosos representantes–y dentro de su ya diversa población– desde el estado de Texas hasta la urbe de Nueva York. Esto se observa en la marcada influencia de la lengua española en los Estados Unidos donde hay alrededor de 30 millones de hispanos según los últimos cálculos. Y este número sigue aumentando diariamente². A su vez, la presencia de comunidades hispanas, desde los trabajadores indocumentados hasta los mexicanoamericanos de cuarta o quinta generación, entran en contacto de alguna manera con las prácticas lingüísticas y culturales que forman parte de las realidades socio-culturales en los Estados Unidos. Entre éstas se incluyen el racismo, el monolingüismo (“Inglés sólo”), y la ignorancia de parte de grandes sectores de la población norteamericana respecto de las tumultuosas y frecuentemente opresivas relaciones históricas que ha habido entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos.

Durante las últimas décadas, sin embargo, ha habido una creciente conciencia en el país de las múltiples tradiciones culturales que forman parte de la sociedad contemporánea. En vez del antiguo “crisol” o “*melting pot*”, la actual manera de concebir la realidad estadouniden-

² Ha habido intentos, particularmente en el censo de 2000 que ofrecía una serie de opciones étnicas para los hispanos, de reconocer la diversidad hispánica y precizarla en las cifras de la población. Esto resulta inefectivo, sin embargo, cuando no se toma en cuenta la gran cantidad de trabajadores indocumentados cuya presencia en el país es absolutamente necesaria para la macroeconomía. Esta se beneficia, en la mayoría de los casos, del empleo de trabajadores indocumentados obligados a aceptar sueldos bajo el salario mínimo y quienes, por su condición “ilegal”, pierden el derecho de organizar sindicatos. Además, ellos no aparecen en los números oficiales que representan la presencia hispánica en los Estados Unidos.

se intenta superar esa metáfora que suponía la eliminación de las diferencias entre grupos de inmigrantes creando algo así como una especie de "caldo homogéneo". La falacia de la metáfora del "crisol" o de la "sopa" se ha desmentido durante doscientos años de historia norteamericana pero, a nivel nacional, sólo ha habido un intento de valorar esta heterogeneidad durante las últimas décadas con el movimiento del multiculturalismo. Para bien o para mal, lo multicultural se ha puesto en boga, evidenciado por el éxito en el mercado literario y musical de tradiciones culturales diversas. Entre ellas la de los "hispanos", o "latinos", como algunos prefieren llamarse³.

Mediante el empleo del bilingüismo, y la mezcla de tradiciones artísticas provenientes de orígenes diversos, desde el arte de muralistas mexicanoamericanos hasta la música bilingüe de puertorriqueños, o textos literarios que recuperan la memoria histórica de dictaduras que han provocado emigraciones diaspóricas de sus países, la producción cultural de los latinos en los Estados Unidos manifiesta una marcada resistencia a la anticuada noción de "crisol". En vez de borrar las diferencias culturales, su literatura, su música y su arte hacen resaltar la posibilidad de construir imaginarios interculturales. El éxito en el mercado de esta producción cultural subraya, sin dejar lugar a dudas, un gusto nacional tal vez problemático por lo "latino" como por lo "exótico". Esto, paradójicamente, podría dificultar el desarrollo artístico de estas tradiciones culturales si no logran superar las exigencias mercantiles más inmediatas. No obstante, hay que reconocer que numerosos textos literarios y artísticos, a pesar de su éxito en el mercado, merecen también una seria

³ Algunos críticos han intentado ofrecer argumentos detallados para justificar su empleo de los términos "latino" y "literatura latina" en los Estados Unidos. Véase William Luis para un estudio excelente que examina este asunto. No es nuestra intención aquí, sin embargo, profundizar el uso de "hispano", "hispanico", "latino" o "latinoamericano" en los Estados Unidos ya que hay un intercambio frecuente entre estos términos en la práctica discursiva de los hispanoamericanos en el país. El término preferido parece ser más bien una elección regional, comunitaria o, en algunos casos, simplemente individual. Mientras que hispano subraya la conexión con la herencia española, el empleo de "latino" parece remontarse más bien a un origen latinoamericano que el uso original del "latino" asociado con el latín y las lenguas y culturas latinas.

atención crítica. Esto resulta particularmente fundamental si se considera esta producción cultural dentro de los parámetros del contacto cultural que caracteriza su articulación. De hecho, este es el enfoque de nuestros siguientes capítulos que proponen elaborar un discurso crítico sobre la literatura contemporánea de escritoras chicanas y latinas en los Estados Unidos.

Las voces híbridas de escritoras chicanas y latinas en los Estados Unidos ofrecen construcciones de una conciencia fronteriza que caracteriza casi todas sus experiencias subjetivas. En sus textos se ve plasmada una dialéctica intercultural que ocurre a todos los niveles de intercambios discursivos e imaginarios. La articulación de esta conciencia heterogénea se manifiesta en la elaboración de las contradicciones y confusiones de sujetos que habitan espacios fronterizos. Semejantes a unas "zonas de contacto": concepto que Mary Louise Pratt ha profundizado en *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (1992). Según Pratt, estas zonas son territorios de "contacto" —un término que tradicionalmente se ha asociado con el estudio sociolingüístico del bilingüismo—. En tales zonas se reúnen y chocan culturas desiguales, frecuentemente también en relaciones asimétricas tanto de dominación como de subordinación (4).

Aunque anclada en la formación de realidades culturales propias del período colonial en América Latina —época explorada por Pratt en su análisis de la literatura de viajes y la transculturación—, la continuidad de transmigraciones, así como la yuxtaposición contemporánea de una heterogeneidad multitemporal, como la define Néstor García Canclini, haría posible su recontextualización para considerar la existencia de "zonas de contacto" actuales en el continente americano⁴. En éstas persistiría una semejante pugna entre fuerzas opositoras vinculadas históricamente con el choque de culturas, len-

⁴Según García Canclini, la heterogeneidad multitemporal:

es consecuencia de una historia en la que la modernización operó pocas veces mediante la sustitución de lo tradicional y lo antiguo. Hubo rupturas provocadas por el desarrollo industrial y la urbanización que, si bien ocurrieron después que en Europa, fueron más aceleradas. Se creó un mercado artístico y literario a través de la expansión educativa, que permitió la profesionalización de algunos artistas y escritores. Las luchas de los liberales de fines del siglo XIX y los positivistas de principios del XX... lograron

guas, razas y religiones que se destacaron durante la época de conquista y colonización. Asimismo, debido a las grandes oleadas migratorias hacia los Estados Unidos, se observaría también un proceso de recontextualización transnacional y transcultural de estas pugnas provenientes de países latinoamericanos que se enfrentarían, inevitablemente, con otras fuerzas parecidas al tomar contacto con la realidad estadounidense.

Para Pratt, tanto la formulación de “zonas de contacto” como el empleo del término “transculturación” están arraigados en el implícito marco ideológico del estudio antropológico de Fernando Ortiz: *Contrapunteo del tabaco y el azúcar* (1940). Si bien para Pratt el enfoque del “contacto” se ubica en una teorización espacial, Ortiz basaba su definición de la transculturación –tomada de su análisis socio-histórico de Cuba– como un proceso temporal de *desculturación* y *aculturación* que produciría un fenómeno nuevo, lo que él llama la *neoculturación*. Según Ortiz:

...el vocablo *transculturación* expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una cultura, que es lo que en rigor indica la voz anglo-americana *aculturación*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial *desculturación*, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse *neoculturación*. (86)

En términos antropológicos, esta definición lineal de la unión de dos culturas para la creación de “nuevos fenómenos culturales” está vinculada a los conceptos de mestizaje y sincretismo, el primero entendido como la mezcla de razas en la producción de una etnicidad híbrida, y el segundo como una semejante unión de tra-

una universidad laica y organizada democráticamente antes que en muchas sociedades europeas. Pero la constitución de esos campos científicos y humanísticos autónomos se enfrentaba con el analfabetismo de la mitad de la población, y con estructuras económicas y hábitos políticos premodernos. (*Culturas híbridas*, 72)

diciones religiosas. Tanto los conceptos reduccionistas del mestizaje y del sincretismo, como asimismo la teoría de Ortiz de la transculturación, han sido reexaminados y superados durante las últimas décadas.

Debido a la necesidad de problematizar más a fondo la transculturación planteada en la teoría ortiziana como un proceso lineal, que no serviría para representar la heterogeneidad de culturas todavía no "aculturadas" o "asimiladas" en el continente americano, ha habido varios intentos recientes de reprocesar el concepto propuesto por Ortiz hace más de medio siglo. Quizás el más conocido y estudiado de éstos en la crítica literaria es *La transculturación narrativa en América Latina* (1982) de Ángel Rama. Enfocando su discusión del fenómeno mayormente en la novelística del escritor peruano, José María Arguedas, Rama intentó elaborar una definición de la transculturación que pudiera aplicarse a la producción literaria y relacionarse con la problemática de la modernización en América Latina. De hecho, sugiere Rama que para considerar "la descripción de la transculturación hecha por Fernando Ortiz..." —en el estudio de obras literarias— "...se llega a algunas obligadas correcciones" (38).

Al intentar ofrecerlas, no obstante, Rama cae en algunas de las mismas trampas ideológicas de su predecesor a quien supuestamente quiso corregir. Esto es particularmente innegable en su referencia a las "congeladas culturas indígenas" (75) aunque también se observa en su empleo extensivo de referencias a la "neoculturación", término que retoma de Ortiz. Para Rama, cuya mirada crítica gira en torno a la literatura durante la época de modernización, y sin desprenderse del contacto cultural y étnico del periodo de conquista y colonización, la neoculturación "no es la mera adición de elementos contrapuestos, sino una construcción nueva que asume los desgarramientos y problemas de la colisión cultural" (116). La transculturación para Rama, igual que en el ensayo ortiziano, se concibe como un proceso (o progreso) hacia la unión de culturas "auténticas". Y esto, junto con otras postulaciones problemáticas en su obra, ha suscitado críticas en los últimos años⁵.

⁵ Para estudios que ofrecen críticas a la teoría de la transculturación elaborada por Rama, véase Cornejo-Polar, Larsen, Trigo, Spitta y Moreiras.

Además de criticar las aporías en la aproximación teórica de Rama a la problemática de la transculturación, algunos estudiosos de la literatura latinoamericana han articulado nuevas maneras de concebir las realidades que caracterizan las “zonas de contacto” en el continente americano. Antonio Cornejo-Polar, por ejemplo, rechaza la transculturación propuesta por Ortiz –y rearticulada por Rama– debido a su conexión innegable con el concepto del mestizaje. Como acierta Cornejo-Polar, el problema del mestizaje es que ofrece “imágenes armónicas de lo que obviamente es desgajado y beligerante, proponiendo figuraciones que en el fondo sólo son pertinentes a quienes conviene imaginar nuestras sociedades como tersos y nada conflictivos espacios de convivencia” (“Mestizaje e hibridación”, 341). Esta crítica también se puede aplicar al concepto de transculturación como se ha definido hasta ahora. Aunque es muy poco probable que estos dos términos polémicos –mestizaje y transculturación– desaparezcan del conjunto de herramientas críticas empleadas para estudiar la heterogeneidad americana, su continuada problematización sigue siendo necesaria.

En vez de participar en el debate para re-definir la transculturación o adentrarse en la crítica de sus falacias, otros analistas de las realidades heterogéneas en el continente americano han intentado sugerir conceptos alternativos para definir la mezcla de culturas heterogéneas y sus realidades posmodernas y multitemporales. Néstor García Canclini, por ejemplo, no rechaza el empleo de ciertos términos controvertibles, como el mestizaje y la transculturación, pero sí subraya la necesidad de definir fenómenos análogos para reconsiderarlos dentro de los panoramas de la posmodernidad y de la globalización. García Canclini advierte que los paradigmas clásicos “son incapaces de dar cuenta de la diseminación de los centros, la multipolaridad de las iniciativas sociales, la pluralidad de referencias –tomadas de diversos territorios– con que arman sus obras los artistas, los artesanos y los medios masivos” (*Culturas híbridas*, 323-324). Como alternativa paradigmática, García Canclini explora el proceso de hibridación. En vez de referirse a una amalgama de dos discursos o identidades –como históricamente se ha concebido el mestizaje y el sincretismo–, las culturas e identidades híbridas permiten y exigen la permanente transmutación de fronteras móviles y

a veces esquizofrénicas para las subjetividades que las incorporan y que deben entrar y salir de ellas.

La hibridación, en la definición de García Canclini, se relaciona además con la subjetividad migratoria cuando ésta es entendida como producto de las tensiones entre la desterritorialización y la reterritorialización. Es decir, como “la pérdida de la relación ‘natural’ de la cultura con los territorios geográficos y sociales, y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales, de las viejas y nuevas producciones simbólicas” (*Culturas híbridas*, 288). Cornejo-Polar reprocesa este punto en su estudio de la migrancia. Refiriéndose al discurso migrante, Cornejo-Polar afirma que éste “no intenta sintetizar en un espacio de resolución armónica; imagino –al contrario– que el allá y el aquí, que son también el ayer y el hoy, refuerzan su aptitud enunciativa y pueden tramar narrativas bifrontes y –hasta si se quiere, exagerando las cosas– esquizofrénicas” (*Una heterogeneidad no dialéctica*, 841)⁶. Aunque reconoce la sutileza con que García Canclini matiza el tema, Cornejo-Polar critica el paradigma de la hibridación señalando los peligros de su exaltación armoniosa.

Una crítica semejante se ha hecho a la teoría de la hibridez propuesta por Homi Bhabha, uno de los teóricos más conocidos del poscolonialismo. Según Bhabha, la hibridez se manifiesta como componente de un proceso discursivo de negociar y traducir significados. Sólo así se puede relacionar con la creación de subjetividades heterogéneas. El sujeto híbrido y la hibridación, por tanto, se producirían en la negociación entre textos, culturas o prácticas en un con-

⁶ Aunque el discurso teórico sobre la migrancia que ofrece Cornejo-Polar no difiere mucho de la teoría de García Canclini sobre la desterritorialización y la reterritorialización, parece que hay un intento de parte de los dos de ofrecer una articulación precisa –en una o dos palabras– de un complicado contexto psico-sociológico. Ningún término ofrecido hasta ahora alcanza a “iluminar” la “realidad” de la heterogeneidad cultural latinoamericana. Sin embargo, al considerar las posibilidades y los intentos de articularla, es posible empezar a elaborar un conjunto de herramientas críticas que harían posible su reexaminación. Por eso, en este estudio, en vez de rechazar el empleo de términos problemáticos en nuestra exploración de la literatura latina en los Estados Unidos, intentaremos recontextualizarlos y replantearlos.

texto de relaciones de poder desequilibradas. La hibridación –como entonces Bhabha la define– es un proceso discursivo, enunciativo, cultural y subjetivo (Olsen y Worsham 39).

Al igual que el concepto de hibridación propuesto por García Canclini, la de Bhabha ha suscitado críticas por reducir las prácticas de resistencia cultural al nivel del discurso del sujeto híbrido. En su libro *The Location of Culture* (1994), Bhabha intenta destacar la viabilidad de un proyecto emancipador que se valdría de la perspectiva “intersticial” producida por el proceso de hibridación: “Political empowerment, and the enlargement of the multiculturalist cause, come from posing questions of solidarity and community from the interstitial perspective” (3) [La creciente autoridad política y la expansión de la causa multiculturalista resultan del planteamiento de asuntos de solidaridad y de comunidad desde la perspectiva intersticial]. Sin embargo, como bien ha notado Gerry Smyth en su análisis de esta afirmación –que a primera vista parece poderosa–, la reducción del proyecto político al nivel discursivo puede terminar socavando las posibilidades reales que tiene la subjetividad híbrida (o intersticial) al promover una verdadera resistencia a las desequilibradas relaciones de poder con las que se inició el proceso mismo de la hibridación (52). Junto con este peligro le viene otro: la homogeneización de la heterogeneidad. Igual que en el caso citado arriba de García Canclini, hay un peligro en la presentación utópica de la hibridez ya que la heterogeneidad, a nivel de sujeto, inevitablemente provoca contradicciones dolorosas que no se pueden reconciliar en una hibridez armoniosa y feliz.

La heterogeneidad subjetiva, particularmente en casos de discursos migratorios, se traduce a nivel discursivo en una pugna entre perspectivas múltiples y difíciles, cuando no imposibles, de reconciliar. La voz híbrida, y sobre todo la migrante, “es un sujeto al que a la vez se le ofrece y se lo condena a hablar desde más de un lugar” (García Canclini, *La globalización imaginada*, 123). Asimismo, la definición de la migrancia ofrecida por Cornejo-Polar es similar ya que, como bien señala Abril Trigo, “la migrancia no conduce a síntesis, fusiones e identidades estables, sino a una suspensión de culturas en conflicto, siempre en vilo, en las cuales el migrante es un ave de paso enajenada de todas” (164). Y Alberto Moreiras, en su rechazo

de la transculturación narrativizada de Ángel Rama, sugiere la llegada al "final del paradigma antropológico para la práctica literaria" (227). Moreiras señala, refiriéndose al mismo autor predilecto de Rama, José María Arguedas, que "la novela de Arguedas abre la teoría de la transculturación, en su límite, a la presencia de un acontecimiento silencioso e ilegible: el nacimiento de una fisura del sentido, una fisura entre lengua y significación" (227). Justo allí Moreiras parece haberse acercado a la definición del "tercer espacio" o la liminalidad intersticial de Bhabha como posible alternativa para considerar la subjetividad híbrida. No es necesariamente la dualidad lo que caracteriza la hibridez sino precisamente la fisura de la no articulación. El momento de cambiar de código lingüístico, sexual, étnico o de clase, donde se elabora la perspectiva intersticial capaz de transformarse o transmigrarse en sujeto plural.

En nuestro acercamiento al estudio de la literatura de voces híbridas en la literatura latina en los Estados Unidos, proponemos evitar la lectura de la conciencia híbrida o fronteriza como utopía idealizada. No obstante, mediante la construcción de voces migrantes e interculturales, más que transculturadas, varias escritoras chicanas y latinas logran reprocesar la pluralidad étnica, histórica y lingüística que caracteriza la presencia hispánica en los Estados Unidos. De tal manera, la transculturación misma, con frecuencia, se ve presentada como un acto continuo y nunca acabado de recuperar, o reprocesar y resemantizar mitos, discursos variados, así como memorias provenientes de la herencia histórica y cultural. A su vez, la rearticulación intercultural de la hibridación está arraigada en contradicciones inherentes en la voz de una subjetividad migrante que no logra reconciliar los múltiples espacios y tiempos en las que debe entrar o de las cuales quisiera salir.

La primera sección de este libro se dedica a la producción literaria de autoras mexicanoamericanas cuya escritura está vinculada con el chicanismo, un movimiento socio-político y cultural que se originó durante los años sesentas y setentas en los Estados Unidos. En sus textos se ve plasmado un reprocesamiento del proyecto emancipador del chicanismo dentro de un marco ideológico feminista. Además, se construyen voces híbridas en sus poemas y ensayos mediante la articulación de identidades fronterizas

contrahegemónicas. Es lo que Alfred Arteaga ha llamado una "poética dialógica" de la hibridación.

De hecho, la literatura de varias escritoras chicanas, particularmente la poesía y la escritura ensayística de Gloria Anzaldúa, promueve una reelaboración de una conciencia heterogénea que podría llamarse fronteriza. Mientras que numerosos críticos literarios, como observamos arriba, han intentado superar nociones problemáticas pertenecientes al estudio de la identidad latinoamericana, como el mestizaje y el sincretismo, la escritura de autoras chicanas también ha reprocesado estos conceptos a la vez que ha sugerido otros. En nuestro análisis de *Borderlands/La Frontera* de Gloria Anzaldúa, examinamos la relación problemática entre su empleo del término mestizaje y su definición de la frontera. Como afirma Anzaldúa, la conciencia heterogénea que caracteriza la perspectiva fronteriza es una subjetividad nepántlica. Y Nepantla –un término que viene del náhuatl y que significa "el lugar en el medio"– se asemeja al concepto de "tercer espacio" o perspectiva intersticial o liminal que Bhabha relaciona con la hibridación. Para Anzaldúa, la frontera presenta a la vez una serie de divisiones y, con una resemantización del término, también un nuevo territorio para ser explorado.

También otras poetas, en sus perspectivas sobre la identidad mexicanoamericana, desean transformar realidades socio-culturales y sexuales mediante una recuperación de mitos y cosmologías femeninas. Sus obras parecen indicar que una articulación de la identidad para la mujer chicana debe incluir la incorporación y la revaloración de lo femenino que forma parte de su herencia precolumbina y mexicana. Esto se observa principalmente en sus poderosas redefiniciones de figuras míticas e históricas como la diosa Coatlicue, la Virgen de Guadalupe, la Malinche y la Llorona. En su tradición lírica, se inscriben múltiples actos transculturadores. Entendidos éstos no como un proceso lineal de desculturación, aculturación y neoculturación, sino como una resemantización mítica e histórica de la identidad formada en una zona de contacto. La construcción de esta zona participa, sin duda, en una demarcación de la frontera entre México y los Estados Unidos. Pero también está estrechamente ligada a la conciencia interior del sujeto transculturador con fronteras internas que éste desea explorar, revisar y redefinir.

Semejantes fronteras internas se elaboran en la producción cultural de mujeres de orígenes caribeños y suramericanos que residen en y escriben desde “las entrañas del monstruo”. En la segunda sección de este libro, dedicada a la escritura de “latinas” (o mujeres latinoamericanas) en los Estados Unidos, examinaremos la literatura de autoras puertorriqueñas, cubanoamericanas, dominicanas, argentinas y chilenas residentes en ese país.

Es de suma importancia reconocer que en numerosos casos la presencia literaria de estas autoras le debe su origen a las relaciones que han tenido sus países con el “coloso del norte”. Esta conflictiva relación ha provocado migraciones y hasta verdaderas diásporas en sus poblaciones. Esto es particularmente cierto en el caso de Puerto Rico puesto que aún permanece en un estado de ambigüedad nacional debido al dominio de los Estados Unidos en las prácticas económico-políticas en la isla. Examinaremos esta ambigüedad nacional —como aspecto de la articulación de conciencias fronterizas y migrantes— en la caracterización de la identidad nuyorican. Es decir, de puertorriqueños en la ciudad de Nueva York. Observaremos también una semejante reconstrucción histórica de la hibridación en Puerto Rico en la narrativa de Rosario Ferré en la que se desarrolla un intento de construir discursos de una identidad nacional isleña mediante la metáfora de la casa.

En la narrativa de Cristina García se ofrece una metáfora similar para representar la nacionalidad cubana. Como Ferré, esta autora cubanoamericana echa mano de los discursos de mujeres —históricamente asociadas con el espacio doméstico y con las relaciones familiares— para construir una dialéctica nacional. En nuestro estudio de su elaboración de la identidad cubana, exploraremos los discursos contradictorios de los cubanoamericanos y de los cubanos en la isla que se yuxtaponen para redefinir la identidad nacional. A su vez, las identidades fronterizas en sus novelas sugieren posibilidades para efectuar una reconciliación a nivel consciente (o inconsciente) entre las perspectivas monolíticas y antagónicas de ambos lados de la frontera. En la narrativa de García, la hibridación discursiva articula intentos de reconciliar las versiones contradictorias de la historia nacional. Paradójicamente, es precisamente por causa de la existencia de esta heterogeneidad, entre los

cubanoamericanos en el exilio y los cubanos que viven en la isla, que la reconciliación aún no puede lograrse.

Para otras autoras incluidas en este estudio –particularmente las argentinas Alicia Partnoy y Nora Strejilevich–, la recuperación de la memoria histórica se asocia con la necesidad de reconstruir una subjetividad personal y comunitaria que a su vez se reinscribe dentro de las realidades del exilio. La novelista chilena, Isabel Allende, y la dominicana Julia Alvarez, también incorporan una semejante rearticulación de la desterritorialización a la vez que logran crear parámetros para definir el proceso de reterritorialización subjetiva en la construcción de voces migrantes. Esta segunda etapa de la escritura del destierro, cuando empieza a convertirse en un discurso migrante, complementa la etapa inicial de la recuperación de la memoria histórica. Además, se muestra una tendencia de emplear el *Bildungsroman*, o novela de aprendizaje, para reconstruir identidades en los Estados Unidos y para mostrar el proceso de formación de la conciencia protagonista: un elemento que caracteriza este género literario.

En todos los ensayos reunidos en esta colección, veremos que las voces híbridas y migrantes cambian de código constantemente entre sistemas socio-simbólicos y logran problematizar fronteras rígidas, señalando su naturaleza móvil y borrosa. Asimismo, se muestra la capacidad que tiene esta literatura de promover la heterogeneidad sin convertirla en una utopía armoniosa ni condenarla a la misma categoría de homogeneización que intentaría desestabilizar. Pero, a pesar de las verdaderas posibilidades que tienen estas construcciones de la hibridez para elaborar subjetividades capaces de socavar los discursos hegemónicos, sería sumamente idealista sugerir su habilidad para efectuar cambios reales a nivel (trans)nacional. De hecho, habría que reconocer los límites de la literatura de participar en verdaderos movimientos emancipatorios más allá de la discursividad elaborada. Sin embargo, como observaremos en el capítulo sobre Cristina Garcia, cuando estas voces híbridas se plantean dentro del marco ideológico ofrecido por Fredric Jameson, en su definición de la inconciencia política, tal vez sea posible rescatar posibilidades políticas más allá del simple discurso literario. Sobre todo, en los textos explorados en los siguientes estudios, se percibe

un intento de redefinir la identidad híbrida no como una reconciliación de lo dominante con lo subalterno sino como la mediación intercultural entre los dos.

Por último, nos parece imprescindible volver a señalar la importancia de leer la literatura explorada en los ensayos que siguen tanto como parte de una tradición latinoamericana como también a nivel continental. Algunos críticos, como William Luis, optan por examinar esta tradición literaria reduciendo sus acercamientos críticos a textos que se escriben en inglés o a sólo los que han sido traducidos a esa lengua⁷. Esta opción señalada por Luis parece válida pues numerosos autores en los Estados Unidos prefieren escribir en inglés porque ésta es la lengua que se enseña en las escuelas nacionales. Además, es el idioma exigido por la gran mayoría de las poderosas editoriales estadounidenses. Incluso los autores que hablan español no siempre escriben en esa lengua porque se sienten más cómodos con el inglés: la lengua dominante. Y esto es particularmente cierto en el caso de la literatura chicana, como bien señala Jesús Rosales:

La literatura chicana, al negarle un espacio a la literatura chicana escrita en español, intenta medirse los zapatos del violador de su propia historia literaria... El uso exclusivo del inglés es el mecanismo lingüístico que intenta solidificar una identidad que se presente más acogedora y menos compleja al lector monolingüe. Pero al tratar de ser aceptada, la literatura chicana establece un instrumento simbólico de poder que pretende excluir de su panorama literario a los escritores que desean expresarse en diferentes códigos lingüísticos. (172)

⁷ Como dice William Luis: "As with my study of poetry, I have selected narratives written in English or which have been translated from Spanish into English" (xviii) [Igual que en mi estudio de la poesía, he seleccionado narrativas escritas en inglés o que han sido traducidas del español al inglés]. Esta decisión de Luis seguramente se debe en parte a su (re)definición de los que él considera "latinos" que incluiría solamente a los que se criaron en los Estados Unidos. No obstante, si hay una continuada falta de atención crítica a autores en este país que escriben en español y cuyas obras no han sido traducidas al inglés, tememos que desaparezca esa opción ya restringida por las prácticas editoriales en los Estados Unidos.

Algunos escritores, como Gloria Anzaldúa, parecen aludir a esta problemática relación lingüística entre las múltiples variantes del español y del inglés al mezclarlas en sus textos, indicando así que el interlingüismo es un elemento adicional de su hibridación. Otros autores, particularmente los (in)migrantes que se criaron fuera de los Estados Unidos, como se observa en los casos de Nora Strejilevich e Isabel Allende, optan por el español. En nuestro estudio hemos intentado ser inclusivos para no excluir a autoras por su lengua de preferencia. En casos de publicaciones de textos en inglés, que han sido traducidos al español, hemos intentado referirnos a éstas. Para las obras no traducidas, ofrecemos nuestras propias traducciones.

Pero sobre todo, hemos intentado hacer asequible esta literatura –y la a veces abundante crítica que ella ha producido– a los que quisieran estudiarla en español así como dentro de una tradición propiamente latinoamericana que se extiende –como resultado de las numerosas conquistas y (in)migraciones– por todo el continente americano. Nuestro estudio de estas voces híbridas está imaginado también desde dentro del espacio que José Martí denominó “las entrañas del monstruo” y este vastísimo lugar se convierte ahora en matriz para la creación de perspectivas divergentes y a menudo conflictivas⁸.

⁸ Además de la práctica lingüística de la escritura y la publicación de la literatura “latina” en los Estados Unidos, hay que considerar que, aunque hay excepciones notables, la gran mayoría de la crítica de estas obras se escribe solamente en inglés. Esto se debe en parte a la política académica de universidades en los Estados Unidos que exigen publicaciones en editoriales universitarias norteamericanas donde hay limitadas posibilidades para hacer crítica en castellano. Y si esta crítica no se publica en español esto dificulta su recepción (y la recepción de los textos estudiados) en América Latina. Esta problemática se extiende también al estudio general de la literatura latinoamericana. Como advierte Román de la Campa “hay más profesores de literatura latinoamericana en los estados de Nueva York y California –que se dedican mayormente a la investigación (con seis horas de clase por semestre) y son remunerados en términos de clase media– que en toda Latinoamérica. Si la nación es una comunidad imaginada –se pregunta– ¿qué será la nación enseñada desde otra?” (Transculturación y posmodernidad, 139) (Esta cita está tomada de García Canclini, *La globalización imaginada*, 76).